sobrenatural, se conserva hasta los diez y ocho años puro é inmaculado ¡cuán hermoso es entonces ese niño bien educado! Era hermoso ya á los diez años, cuando brillaba en su cándida frente aquella pureza que, ni siquiera se conocía á sí misma, pero ahora, á los diez y ocho años es incomparable su hermosura, esmaltada con las glorias del combate. Su inteligencia se halla en esa edad inundada de luz; su corazón está abierto á los santos afectos; su alma se ha elevado por el hábito de respetar; su voluntad se ha afirmado por la disciplina varonil de la obediencia, y hombre ya por su dignidad y por su fuerza es aún niño por su inocencia y su pureza.

Hállase entonces el niño en aquella hermosa, pero solemne hora de la vida, en que la belleza del hombre ha alcanzado todo su brillo, sin tener mancha alguna; puro es su pensamiento, pura su imaginación, puro su corazón, pura su alma, puro su cuerpo mismo; todo él es puro é inmaculado: al reflejarse en su hermosa frente el brillo de la pureza, le ha dado el último complemento de la belleza: su religión, su fe, su amor, su obediencia, su respeto reciben de esta pureza, junto con la garantía de su duración, el perfume que los embalsama y la flor que los embellece; y al ver el mundo esa raza de jóvenes que, formados en las escuelas del catolicismo, ostentan en la frente la suave y brillante aureola de la pureza, exclamará, aún á pesar suyo: Ved aquí la generación de los castos, formada al calor de las miradas de Jesucristo y de la Virgen Inmaculada: en medio de los hombres ostenta la pureza de los ángeles y en medio de la tierra brilla con rayos desprendidos de la belleza de los cielos.

La juventud formada en las escuelas de la pureza es el más bello ornamento y la más expléndida aureola de los educadores católicos: á éstos decía San Juan Crisóstomo: «Cuidad de todas las cosas en los jóvenes, mas, ante todo, que sean puros. No hay objeto más digno de vuestros cuidados y de vuestros esfuerzos que conservar en ellos la gloria de la pureza: esta es la corona más bella de la juventud.»

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Una de las primeras cosas que el Doctor Angélico enseñó á un su amigo para llegar á brillar y poder ser grande y digna figura, fué que cultivase con todo esmero la santa pureza: porque esta virtud asimila el hombre á Dios y le presta encanto maravilloso. Dios se hace amigo de las almas puras, les hace sentir su presencia y escucha con placer sus súplicas y deseos: complácese, como amable huésped, en conversar con ellas y en darles la inteligencia de los misterios más profundos. ¡Oh Dios mío, decía San Agustín, que habéis querido que sólo las almas puras posean la ciencia de la verdad! verificándose así, una vez más la hermosa frase de Augusto Nicolás: «En los jóvenes virtuosos la moralidad se transforma en inteligencia:» y con lenguaje de los cielos: *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán á Dios.*

CAPÍTULO VII

La falta de pureza

Nada hay en la creación que pueda compararse en hermosura á un niño que educado en las escuelas del catolicismo ha conservado hasta ser hombre la virtud de la pureza: es la obra maestra de Dios, acabada por el trabajo del hombre; y el educador que ha realizado tan grande maravilla, puede muy bien, al contemplarla, descansar y alabarla, como hizo Dios después de la creación. *Vidit Deus quod esset bonum.*

Ni siquiera podríamos formarnos adecuada idea de obra tan maravillosa, si dijéramos que la vida de ese joven es semejante á un árbol que plantado por la mano de Dios, ha echado profundas raices en terreno firme; que agitado por las tempestades, se ha doblegado mil veces y ha vuelto á levantarse, sin romperse nunca, formándose con sus vigorosas raices un robusto tronco, sólido y firme;

que bajo la acción fecundante de las aguas del cielo y del calor del sol ha desplegado extensas ramas y expléndido follage; que impulsado por la savia que sube desde sus raices y por el calor del sol que lo atrae hacia lo alto, se ha levantado en los aires, elevando su cima hasta las nubes; y por último, que aspirando en derredor suyo un aire puro y exento de toda corrupción, ha conservado todo el brillo y toda la pureza y fuerza de su vida y se baña en medio de la luz del cielo con tanta gracia como fuerza y tanta majestad como belleza.

Así, en cierto modo puede concebirse un joven bien educado: la fe le ha dado sus raices, el amor su expansión, la obediencia su fuerza, el respeto su grandeza, la pureza su gracia y la religión y la piedad su transfiguración: hé aquí la mayor maravilla de la creación.

Mas hay en el mundo una cosa que destruye semejante maravilla, agota su savia, borra el esplendor de su belleza, mata las flores y los frutos y hace que languidezca y muera el hombre entero con sus sentidos y potencias; esta cosa es la voluptuosidad, *gusano roedor de la educación*, que al tomar asiento en el corazón de esa tierna existencia, roe sus fibras más vitales y agosta al hombre en flor: este *gusano roedor* devora todos los elementos de la educación que en la pureza reciben su necesario complemento, y siembra las ruinas por doquiera, ruinas en la inteligencia, ruinas en el corazón, ruinas en la voluntad, ruinas en el carácter, ruinas en las potencias, ruinas en los sentidos, ruinas en el alma y ruinas en el cuerpo.

La primera ruina inevitable que causa ese vicio que en su mismo nombre lleva la deshonra, es la ruina de la religión: ésta desaparece con la pureza, como la piedad desaparece con la castidad; y siendo la religión la savia, la vida, el aroma de la educación, queda ésta paralizada y muerta, faltándole su manantial divino, la religión.

La pureza es lo que más asegura la religión en el corazón del niño como en el del hombre, y el vicio que la agosta y mata en flor, agosta y mata con el mismo golpe la

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

piedad y la religión. Una alma pura se levanta naturalmente hacia las cosas celestiales; mas si es mordida por ese monstruo seductor, queda por tierra, mustia y abatida: con todo su ser buscaba ayer á Dios; hoy ni al cielo mirar, parece, puede: el mundo de lo sobrenatural cerróse para él; y no sabe ya juntar sus manos y doblar sus rodillas para decirle á Dios: *Padre nuestro:* ni de sus labios ni de su corazón sale una súplica ó un suspiro hacia Dios que ya, en cierto modo, es extraño para él: ese niño es indiferente, insensible, sordo para Dios, está disgustado y hastiado de Dios. Dios le causa hastío, y le causa é importuna todo lo que viene de él y lo que le habla de él. En vano la palabra sagrada pronuncia su nombre; en vano lo cantan las harmonías; en vano el incienso, al subir á las alturas, solicita su alma para que se eleve con él; en vano dice el sacerdote á los fieles congregados: levantad los corazones: *sursum corda*, levantad los pensamientos, levantad los deseos, levantad las almas; porque en él todo está bajo; y como diría Bossuet, «todo está por tierra, todo es carne:» nada hay capaz de levantarse.

La piedad busca el cielo y siempre el cielo; la voluptuosidad busca la tierra y siempre la tierra. Dios y la carne, la religión y la voluptuosidad son los dos polos que se rechazan eternamente; los apetitos que van en pos de la carne y no remueven más que el lodo, nada tienen de común con las sublimes aspiraciones que van en pos de lo invisible y en busca de lo infinito. Es que dentro del hombre hay dos hombres en constante lucha, el hombre del cielo y el hombre de la tierra, *el ángel y la bestia,* como decía Pascal; y cuando vence la voluptuosidad, triunfa la bestia, el hombre de la tierra y sucumbe el ángel, el hombre del cielo: atacada entonces la educación en lo más íntimo y herido el niño en el centro de su vida, ahuyenta la piedad y aquellas sublimes aspiraciones que le llevaban de él á Dios, de la tierra al cielo: hé aquí la ruina de la religión.

La segunda ruina que produce *el gusano roedor de la educación* es la de la fe: después de haber quitado á la vida

el primer principio de elevación y de haber arrancado la corona á la parte superior, mina en la inferior sus cimientos: como el niño perdió la piedad, así pierde la fe, hundiéndose bajo sus plantas la base de la vida.

Sí, la voluptuosidad es la causa más general de la pérdida de la fe en el alma de los jóvenes. Un joven que se conserva puro, que no conoce más que las alegrías de la inocencia, las ternuras de la familia, las dulces emociones de la amistad; cuando su vida se asemeja á un lago tranquilo, á un espejo sin mancha, á un cristal puro y terso ¡oh! entonces la verdad penetra en su corazón sin esfuerzo y mora allí como en su suelo natal; el esplandor del dogma católico luce y brilla como el sol, cuando reverbera en el pulimento de un espejo, en la superficie de un lago ó en la blancura de un cristal: las harmonías del alma de ese niño forman encantador acorde con las de la Iglesia; las verdades naturales se alumbran con el resplandor de las sobrenaturales que le vienen de la palabra de Dios en el catolicismo, y al encontrarse, como hijas del cielo, en aquel corazón de ángel se abrazan en el misterio de una pureza virginal.

Como gozan los ojos sanos al recibir la impresión de los rayos del sol, así goza el niño puro con las enseñanzas de la Iglesia, hallándolas tan simpáticas á su corazón y tan bien formadas para su inteligencia que no comprende puedan tener contradictores. Mas llega una hora fatal en que esas verdades tan simpáticas y tan hermosas encuentran en su corazón oposición profunda: aquellas luces tan brillantes, tan tranquilas, tan suavemente esplendorosas le molestan, y como los ojos enfermos huyen de la luz que les alegraba cuando sanos, así ahora la tierna inteligencia de ese niño huye de lo que antes le iluminaba con tan hermosos resplandores: huye de la palabra católica, de los libros católicos, de todas las enseñanzas católicas: su corazón oscurecido por las tinieblas del pecado abomina lo que puede iluminarle, y no ama más que lo que presta simpatías á la pasión que le domina. Desde que el demo-

nio de la voluptuosidad se ha apoderado de su corazón, la primera necesidad que siente es arrojar la verdad y apagar la luz: inocente ayer sonreía amorosamente al ver la luz y se extremecía de gozo ante el sol de la verdad: hoy que se ha hecho carnal no puede soportar la luz y dice á la verdad: «déjame y vete;» porque dice San Juan Damasceno: «El hombre carnal no puede soportar la luz de la verdad: *Carnalis homo veritatis lumen prospicere nequit.*»

Así se explica el cambio radical en la inteligencia y en el corazón del niño: no es que su inteligencia haya descubierto horizontes más dilatados, astros más radiantes, soles más vivificantes; que la enseñanza de su niñez fué una religiosa seducción, un encantamiento de su imaginación, una ilusión para su corazón ó un engaño para su pensamiento: no, nada de eso ha sucedido: ha penetrado en su corazón *el gusano roedor* y arruinándolo, ha arruinado también la inteligencia.

Tiene quince años; no se ha acabado de formar; todavía no se ha hecho su educación y ya dice que no puede creer. Lo que han creido San Agustín, Santo Tomás de Aquino y con ellos el gran ejército de inteligencias que por espacio de diez y nueve siglos han ceñido la corona de la virtud, realzada por el esplendor del genio, no puede él creerlo: tiene contra la religión de su madre razones profundas que no le dirá porque es *demasiado buen hijo* para querer afligirla. Sí, este *sabio* de quince años, este joven *iluminado* tiene contra el cristianismo la misma razón que tenía el paganismo para no ser cristiano: tiene contra su espíritu la razón de su cuerpo. Su carne quiere tener razón y la Iglesia debe estar equivocada: así lo dice. Esa es toda la *sabiduría* que opone al cristianismo ese *sabio* de quince años ¡y cuántos *sabios* hay de cuarenta y aún de sesenta que no tienen otra!

Así las emociones de la carne, el apetito desordenado, el soplo de la voluptuosidad hacen más fuerza á su alma que todas las demostraciones que han convencido á los más grandes hombres y cuyos divinos resplandores han

hecho brillar esos mismos genios en las obras maestras que jamás perecerán: la doctrina sucumbe bajo la concupiscencia, desvanécese la luz y huye ante esa vergonzosa pasión que sólo se encuentra á sus anchas en medio de las tinieblas, y no triunfa sinó á fuerza de olvido, de duda y de ignorancia: un momento de placer ha prevalecido contra diez años de estudio: la pasión ha sido más fuerte que la ciencia, y la voluptuosidad ha vencido á la fe.

Tras las ruinas de la piedad y de la fe viene la ruina del respeto. El niño atacado por *el gusano roedor de la educación* no sabe ver en los hombres y en las cosas sinó lo bajo, lo miserable, lo que sólo es propio de la región inferior: olvídase del brillo y majestad de la inteligencia, de las aspiraciones sublimes del corazón, de las elevaciones del espíritu y de los trasportes del alma hacia Dios, á pesar de la atracción de los sentidos y del peso de la carne: de todo esto se olvida para no ver más que al hombre de su pensamiento, de su imaginación, de sus deseos, de sus ensueños; esto es, al hombre que es carne y nada más que carne. No viendo en sí ni en los demás sinó lo que se roza con la materia; al sentir su debilidad, su cobardía y su degradación, desprecíase á sí mismo y desprecia á los demás; y como su orgullo padecería mucho si hubiese de creer que entre los que pelean en este campo de batalla, como se llama la vida, sólo él era el cobarde, el esclavo, no perdona á nadie, y cae en la tentación que más degrada al hombre, la de rebajar y despreciar á toda la humanidad á fuerza de degradarse y despreciarse á sí mismo. El niño impuro es, por regla general, irrespetuoso, impolítico, y á veces hasta grosero, porque la práctica de las cosas viles le ha hecho perder poco á poco el sentido de las cosas grandes; y el desprecio, apegado á su alma, como la lepra, se revela en su frente, como mancha que le deshonra y como estigma de su más vergonzosa degradación. Así tras la ruina de la piedad y de la fe viene la ruina del respeto que es el que da, al educarse, elevación al alma.

Donde *el gusano roedor* deja sentir su acción más mortífera, donde causa estragos más espantosos y desastres más irreparables es en el corazón del niño; da allí muerte al amor y engendra el egoismo.

Cuando un niño lleva pintada en sus ojos la pureza y grabada en su frente la inocencia, los afectos de su corazón exhalan un perfume que no tiene semejante, que se respira con inefable sentimiento de felicidad y que es en lo humano el placer más delicado que puede gustar el corazón del hombre: el niño en cuya mirada brilla la luz de la inteligencia y cuyo corazón conserva la pureza con todo su aroma, ejerce dulce y poderoso atractivo; al sentir sus afectos tan puros y tan tiernos, tan cordiales y tan inmateriales, tan expansivos y tan generosos, olvídase uno que haya en el mundo afectos interesados y amores egoistas.

Mas estas flores que en la infancia anuncian frutos hermosos para la época de la madurez del hombre, quedan deshojadas y marchitas así que las muerde *el gusano roedor*. Sin bajar al fondo del abismo, puede asegurarse que cuando el niño rechaza los verdaderos goces del hombre, hijos de la inteligencia y del corazón, de la verdad y del amor y busca los que sólo son propios de la región inferior, de las naturalezas degradadas, y dice al egoismo: «tu eres mi hermano» y á la sensualidad: «tu eres mi hermana» ¡ay! entonces se desvanecen los afectos puros y desinteresados que dilatan el corazón, las simpatías candorosas que conmueven las entrañas y esas deliciosas ternuras del alma que el egoismo no conoce. Acabáronse desde entonces las expansiones, las confidencias, las efusiones que permitían á la madre y al educador leer en el fondo de su alma: al salir de ese corazón la inocencia y con ella las dulces y puras alegrías, ha penetrado el bárbaro egoismo que cierra la puerta; y cerrado el corazón en vano conspirarán para abrirlo el cielo y la tierra; ni la madre ni el educador entrarán en él; tendrán un joven, pero no un hijo.

Mas hay otra desventura que debe arrancar gemidos los más hondos é inundar de lágrimas los ojos de los

padres y de los educadores, y es que la educación, fruto de tantos desvelos, de tantos sufrimientos queda reducida á la nada por el mónstruo de la voluptuosidad que roe el corazón de la vida, devorando el amor que en él se encierra; que, al enseñarle los placeres egoistas, le ha robado el cariño, y que lisonjeando su carne, ha destrozado su corazón, dando muerte á su vida moral y destruyendo toda la obra de la educación.

Si la voluptuosidad produce los estragos más espantosos en el corazón, empero el golpe más terrible lo asesta contra la voluntad, signo el más glorioso de la virilidad.

Todo hombre que en la edad madura se somete al despotismo de la voluptuosidad, por más robusto y varonil que sea, siente en su voluntad ese golpe terrible que le debilita y empequeñece todo su ser: en este punto se puede decir con la Escritura: «Ha herido y echado por tierra á gran número de ellos y hasta los más fuertes han sido muertos por su mano.» Sus golpes, aunque tardíos, son siempre funestos aún para hombres bien educados y que en luchas varoniles habían fortalecido su voluntad: la voluptuosidad los torna niños en la impotencia de querer.

Si en hombres ya formados queda así la voluntad anulada por ese mónstruo ¿qué será en la niñez y en la juventud, cuando la voluntad se está formando y no ha tenido aún tiempo de desarrollar y adquirir fuerzas? Todo acto de desobediencia la debilita; más nada hay que tan profundamente la afecte como el vicio vergonzoso. El desgraciado niño que ha dejado penetrar en su corazón *el gusano roedor,* llega á perder la voluntad; el mónstruo se apodera de ella y la devora; no queda más que un simulacro, un fantasma, una sombra de voluntad; voluntad afeminada, cobarde, incierta, pusilánime, movible, impalpable, nula: en ese niño ha desaparecido su soberanía, su libertad, su virilidad, y junto con todo esto, su honor de hombre.

Cada victoria que el vicio gana sobre su voluntad, se lleva, como despojos, parte de su fuerza; el hábito de ser derrotada le quita hasta el deseo de la victoria y la idea

de cualquier esfuerzo; y pronto, muy pronto puede el niño decir de sí mismo: «no me pidáis nada, porque nada puedo; nada como no sea lo que quiere esa vil pasión que quitándome la voluntad, me ha quitado la fuerza.» Allí no queda iniciativa, ni resolución, ni resistencia, ni energía, ni amor al trabajo; sólo hay debilidad, abandono, desidia, cobardía, una voluntad que quiere no querer ó querer lo que no le cuesta ningún esfuerzo, el mal y nada más que el mal; el mal que brota por sí mismo de una alma sin resistencia, sin resortes y sin fuerzas.

Aunque este niño sea un gran genio y lleve en su memoria, en su inteligencia, en su imaginación tesoros de erudición, de ciencia y de poesía, anuladas ó esclavizadas tan brillantes facultades, como lo está su voluntad, y asociadas á la vergüenza de la esterilidad y á la humillación de la servidumbre, ese niño capaz de tan grandes cosas, no hará nada ó se entregará á la asquerosa é infame propagación del mal; y esas mismas facultades que parecen hechas para dar al hombre, junto con sus adornos naturales, el complemento de su hermosura y el coronamiento de su grandeza, no presentarán sinó ruinas, yendo en pos de la ruina de la voluntad cuya vida moral ha sido destrozada por *el gusano roedor.*

La voluptuosidad causa horror al trabajo y hace languidecer y paraliza la memoria que sin energía, sin cultivo va al entorpecimiento y á la impotencia; y la pereza que produce tantos males en la vida, es á su vez en el niño la hija primogénita del vicio vergonzoso. Si en el hombre ya formado una pasión generosa puede dar tensión al resorte de la voluntad, aflojado por la voluptuosidad, en el niño, jamás: la voluptuosidad engendra la pereza; la pereza hiere gravemente ó mata la memoria que sólo busca recuerdos y fantasmas que alimenten su pasión, en vez de buscar en el trabajo los tesoros del saber y la fecundidad de la vida.

En cuanto á la imaginación que es la que ha de dar vuelo á su pensamiento, brillo á sus palabras, movimiento á su vida y belleza á sus obras, el niño voluptuoso la con-

dena á ser cómplice de sus vergüenzas y degradaciones, y esa imaginación que tenía alas para volar á lo invisible; esa imaginación en que debían reflejarse revestidas de nueva belleza las fases más radiantes y puras de la creación; y mejor todavía, esa imaginación que á manera de prisma debía descomponer y recomponer la luz de la verdad, para hacerla brillar con todos sus colores y hacer resplandecer en la variedad de sus matices el milagro de su maravillosa unidad; esa imaginación que debía sustraerle á las vulgaridades de la vida y levantarle desde el mundo de la realidad hasta las regiones de la ideal, él la rebaja, llevándola consigo á las regiones inferiores, donde el vicio le tiene aprisionado, le arranca las alas que la remontaban hasta las cosas del espíritu, la aprisiona á la materia y la envía, como á buho solitario á revolotear por parajes oscuros en busca de imágenes groseras, arrastrando por el fango las alas de ángel que se le habían dado para cernerse en los cielos. Y si algún día busca la gloria en los floridos senderos de la literatura y de la poesía, hé aquí lo que hará: se precipitará furioso hasta lo más profundo del fango y descubrirá en obras inmundas los sueños abominables que mancharon su imaginación á los quince años. Podía haberse dedicado á iluminar las inteligencias y se dedicará á corromper las almas. En eso parará esa imaginación que Dios ha hecho tan grande, tan fecunda y tan poderosa.

La ruina de la inteligencia viene también tras los golpes precoces de la voluptuosidad. La inteligencia, madre de las grandes cosas del espíritu, creada para respirar la verdad, como el pulmón para respirar el aire, creada para volverse hacia el cielo y hacia donde está Dios, como las plantas hacia el sol, creada para guiar é iluminar al hombre en el desempeño de su gobierno supremo, levantando su voluntad y dirigiéndola hacia las alturas del espíritu, esa facultad sublime y en cierto modo celestial conspirará con los sentidos en favor de la materia, rebajándose, entorpeciéndose, embasteciéndose y ahogándose en la pesada atmósfera de los sentidos; y menos desgraciada si las emo-

ciones groseras que busca en la naturaleza débil aún, no quebrantan el cerebro, produciendo en la inteligencia una perturbación enfermiza que la reduzca á la impotencia ó á una imbecilidad irremediable.

Hé aquí lo que dice un hombre cuya doble vocación le había llamado á sondear por sus dos extremos las profundas debilidades humanas: «Los jóvenes que son víctimas de esa desgraciada y vergonzosa pasión, pierden en más ó menos grado la inteligencia y la memoria; se hacen estúpidos, necios, imbéciles, sombríos, indolentes, cobardes y perezosos; muestran una gran desigualdad de carácter y cierta aversión á los juegos y placeres honestos; buscan la soledad y se los ve sepultados en un silencio que tiene aire de estupidez; toda la energía y vivacidad del alma los abandona; se hacen incapaces para el estudio y para la aplicación del espíritu; y, para decirlo en una palabra, son una nulidad completa.»

Con la ruina de la voluntad que constituye la fuerza del hombre y con la disipación de brillantes cualidades, adorno de la virilidad, viene la ruina del carácter. El carácter, gloria y esplendor de la vida moral, nuncio del poder, personalidad y soberanía del hombre se empequeñece, se disipa, se anula por completo á los degradantes golpes de la voluptuosidad; á medida que en el niño voluptuoso desaparece la vida moral, desaparece también el carácter; su frente deshonrada no ostenta ya el sello y la majestad del hombre; allí no queda más que lo que el Apocalipsis ha calificado divinamente, llamándolo el carácter y el signo de la bestia: *Signum bestiæ*.

El gusano roedor de la educación que arruina inmediatamente la vida moral del alma, hace que el cuerpo á quien ataca en primer término, se resienta también de sus mortíferas embestidas y que esa existencia tierna y débil aún se agote antes que haya dado frutos y antes que haya echado toda su flor.

Si aún llegado á su completa madurez, no se entrega impunemente el hombre á ese demonio todavía más mor-

tífero que lisonjero, la vitalidad del niño que no ha conocido aún los días de su más ardiente sol, que siguiendo el curso regular debía desarrollarse poco á poco á favor del tiempo, de la naturaleza y de Dios, y fortalecer su débil organismo y sus delicadas fibras, se debilita, languidece y decae, presentando ciertos signos de decrepitud que parecen presagiar la ruina y profetizar la muerte.

Si un árbol joven aún, de hermoso tronco, de extensas ramas y espléndido follaje que camina día por día y hora por hora á su completo crecimiento para dar sus flores y sus frutos en tiempo oportuno, dotado de libertad, echase fuera al viento la rica sabia que constituye su belleza, su fuerza y su fecundidad, paralizaríase de pronto su crecimiento, notándose la pérdida de su savia en la palidez de su follaje, en la esterilidad de sus ramas y en la consunción de su vida. Hoy languidece, mañana se seca, y al fin cae aniquilado, marchitado y destruido por sí mismo: hé ahí la imagen del niño á quien subyuga la pasión antes de tiempo, debilitándole con sus golpes desordenados y violentándole antes de adquirir toda su fuerza.

En vez de poderse ver y admirar en él, al par con el crecimiento harmónico que procede de su vida, la fuerza, la fecundidad y ese hermoso color que imprime la pureza en toda carne virginal, no se observan más que ruinas, destrucción, muerte prematura: su frente aparece ya sembrada de surcos; su carne presenta la huella de los años; su vida queda despojada, antes de tiempo, de sus vigorosos retoños, como el álamo que amarillea al acercarse el invierno: el tinte melancólico y la palidez del otoño dan triste aspecto á esa vida que sin estío va á morir, cuando aún está en su primavera; su marchita frente, sus descarnadas mejillas, su sombría mirada, su rostro oscurecido, su cuerpo encorvado, las sombras de la muerte proyectadas sobre ese ser abortado que no ha podido llegar á la plenitud de la vida, revelan el paso del mónstruo devorador que destroza en flor la vida de los jóvenes, convitiéndolos en sepulcros de sí mismos y que después de haber

matado la vida moral y las facultades del alma, no perdona á su frágil cuerpo á quien encanta con sus atractivos para matarlo con su veneno.

Sí, esa misma carne donde el desgraciado niño ha colocado el centro de su vida sacrificándole su alma y corazón, experimenta el terrible golpe de las represalías; y esa carne adorada se marchita, se aja, se funde y al fin cae, semejante al ídolo que el incienso envuelve en su adoraciones, mientras los gusanos lo roen en su altar.

Tendiendo el velo del silencio y de la castidad sobre realidades horribles que harían extremecer, hé aquí tan solo el lamentable testimonio de una de esas tristes víctimas de una disolución prematura. «Yo había llegado á los diez años, dice un joven, sin conocer todavía el mal; un compañero de estudios me lo enseñó; y desde entonces ¡ay! ¡cuántos desastres! Tengo diez y ocho años y ya me encuentro aniquilado: he perdido el sueño y la alegría: cuatro veces he mudado de colegio y el vicio me ha seguido á todas partes. Vivo por la fuerza de mi temperamento; pero mis cómplices han muerto ya en medio de horribles tormentos.»

Si el vicio vergonzoso no causa en todos los niños efectos tan horrorosos, los predispone á ellos, como la enfermedad mata ó predispone para la muerte: en la parte moral los estragos son inmediatos. «He visto siempre, dice un escritor célebre, que los jóvenes que desde muy temprano se han corrompido y entregado al libertinaje eran inhumanos y crueles; que la violencia de su temperamento los hacía impacientes, vengativos y furiosos; que su imaginación, preocupada con un solo objeto, rechazaba todos los demás; que no conocían la compasión ni la misericordia; y que hubieran sacrificado á su padre y á su madre y al mundo entero por satisfacer uno solo de sus deseos.»

Dice Sto. Tomás en su Suma Teológica que la voluptuosidad produce: *ceguera de inteligencia, inconsideración, precipitación, inconstancia, egoismo* (amor sui), *odio á Dios, amor desordenado á las cosas de este mundo y horror á las del otro.*

El vicio vergonzoso destruye la piedad, la fe, el respeto, el amor, la energía de la voluntad, las potencias intelectuales, el alma entera; marchita, enerva y destroza antes de tiempo el cuerpo mismo, preparándole ruinas para toda la vida, una ninez raquítica, una adolescencia débil, una juventud caduca, una virilidad abortada; deshace la educación que debía formar y embellecer al hombre, y arruina, en fin, el alma y el cuerpo de los esclavos de la voluptuosidad. «Valiera más, dice en la Educación de los Príncipes el Doctor Angélico, ser esclavo de un leproso que ser esclavo del demonio de la voluptuosidad.»

CONCLUSIÓN

Hé aquí resumidas en pocas páginas las grandes lecciones de educación católica dadas por los más ilustres maestros contemporáneos Holzhausser, Dupanloup, Félix, Timón-David, etc., etc.: ellas han sido escritas para los hombres *de buena voluntad,* para cuantos quieran ejercer el Apostolado de la enseñanza.

Si la consagración especial á Jesucristo por la unción sacerdotal ó por los votos religiosos es, por regla general, una fuerza y una ventaja más para la educación; y sólo la ceguedad voluntaria de las pasiones interesadas en sentido contrario, puede negar esa verdad absolutamente inegable; es también verdad inegable que todo el que abriga aspiraciones profundamente católicas, sea sacerdote ó seglar, profesor ó profesora, de enseñanza primaria ó de enseñanza profesional, es apto para el ministerio altísimo de la educación, tal como queda expuesto en estas páginas; y lo es precisamente con esta condición.

Que todos los educadores de posición oficial ó no oficial, hombres *de buena voluntad,* se conozcan, se amen, se den la mano, consagren todos sus esfuerzos á la educación

de la juventud en la que es fácil sanear las naciones para la felicidad de lo presente y de lo porvenir.

Timón-David al final de su obra de educación pone, como modelo de casa ó colegio de enseñanza, el de Friburgo, donde él había sido educado: el superior, los prefectos y los profesores eran notabilidades en su especial ministerio.

Cuando los que visitaban la casa de educación del piadoso sacerdote Juan José Allemand, le decían que era la más perfecta en su clase, respondía: «La gloria de todo el bien de esta casa se debe al divino Corazón de Jesús en que se apoyan los educadores y educandos.» «Hé aquí el secreto, dice un Arzobispo irlandés, para renovar la faz del mundo.»

A este mismo divino Corazón suplico yo humildemente conceda á todos los educadores *saber, querer* y *poder* ser *Apóstoles en la enseñanza,* cumpliendo lo brevemente consignado en estas páginas tomadas de las lecciones inmortales del catolicismo: El las fecunde; y educadores y educandos felices en el tiempo y en la eternidad glorifiquen al solo que á todos ha amado y ama con infinito amor y del que tan sólo podemos y debemos esperar todos los bienes: *Sacratíssimo Cordi Jesu.*